



GUERRA DE LA INDEPENDENCIA: EL 'CÓLICO DE MADRID' EN GALICIA.

Rojo Vega A

Cátedra de Historia de la Medicina. Universidad de Valladolid. España

Correspondencia:

Prof. ANASTASIO ROJO VEGA
Cátedra de Historia de la Medicina
Facultad de Medicina
Avda Ramón y Cajal s/n
47005 Valladolid. España
e-mail: rojo@med.uva.es

LA GRANDE ARMÉE EN ESPAÑA

Un año después de la batalla de Friedland y de la paz de Tilsitt, el segundo regimiento de húsares de Chamboran, al que pertenecía M. Rocca, recibió orden de Napoleón de dejar sus cuarteles en Prusia para unirse a la Grande Armée que había de restaurar el gobierno de La Razón en España.

Aquel regimiento estaba compuesto por jóvenes soldados de caballería satisfechos de sí mismos y orgullosos de lo que estaban haciendo. Casi adolescentes mandados por adultos jóvenes – el general Lasalle de la caballería ligera tenía 33 años – que estaban viviendo la mayor y mejor aventura de sus vidas.

¿Qué había sido de ellos desde que salieron de sus pueblos y villas en Francia? Arriesgarse a morir durante unas horas o unos días, lo que duraba una batalla, y después comer bien, beber mejor, jugar a las cartas y conquistar hermosas alemanas, que ya se sabe lo que atrae un uniforme cuando es el de un vencedor.

La vida centroeuropea no había podido ser más placentera: *"cuando una provincia de Alemania era conquistada por los franceses y dejaba de recibir órdenes de sus soberanos, las clases inferiores, que no estaban acostumbradas a hacer uso de su voluntad, no reaccionaban"*. Rocca añade a sus impresiones sobre los germanos: *"por otra los alemanes, acostumbrados a un género de vida tranquila y regular, no toman medidas desesperadas mientras no se ven enteramente arrancados de sus rutinas"*. Cómo sería la estancia de los imperiales en Alemania, que el memorialista añade: *"Fue con una profunda tristeza y casi con lágrimas en los ojos como nuestros húsares abandonaron Alemania, aquel bello país que habían conquistado"*.

Creyeron al principio que los llevaban al Danubio o a Inglaterra y cuando supieron que el destino era España imaginaron alguna batalla y después comer, beber, jugar a las cartas y perseguir morenas españolas; lo de siempre. Eso pensaron: *"creíamos cabalgar hacia una expedición fácil y de poca duración: vencedores de Alemania, suponíamos que nada podía resistirnos en adelante"*.

Nuestros soldados no preguntaban a qué país se les llevaba, sino si en él había comida y bebida abundantes. Era lo único que les interesaba de la geografía. El mundo se dividía para ellos en dos partes, la zona feliz donde crecían las viñas y la zona detestable donde no las había".

Se dieron cuenta de que las cosas no iban a ser lo mismo desde que dejaron Bayona y entraron en Irún: *"Desde que pusimos pie sobre territorio español, apercibimos un cambio sensible en el aspecto del país y en las costumbres de sus hombres. Las calles estrechas y tortuosas de las villas, las ventanas con rejas, las puertas de las calles siempre firmemente cerradas, el aire severo y reservado de los habitantes de todas clases, la desconfianza que nos demostraban generalmente, recrecieron la tristeza involuntaria que se apoderó de nosotros al entrar en España"*. Nunca antes habían imaginado, siquiera, una tierra tan hostil y contraria a ellos ¹.

La sorpresa de los soldados fue la ferocidad de los españoles de cualquier estado y en todo momento, actitud que hacía del más modesto campesino un enemigo potencial permanente. Ya no se trataba de ganar una batalla de vez en cuando, sino de estar vigilantes las veinticuatro horas del día, una tarea agotadora.

ENFERMEDADES DESCONOCIDAS. DOMINIQUE LARREY (1766-1842).

Pero no solamente fueron sorprendidos por las peculiaridades peninsulares los guerreros imperiales, sino también sus médicos y cirujanos, que hallaron en España una serie de entidades patológicas nunca antes por ellos vistas ni tratadas. Dominique Larrey trata en sus escritos de las que personalmente consideró más importantes²: el cólico de Madrid, la fiebre del vino, o *ataraxia soporosa*; y la nostalgia inglesa – observada en los prisioneros ingleses hospitalizados en Valladolid-, que más adelante se popularizaría en toda Europa bajo el término de *spleen*.

Dominique Larrey nació el 8 de julio de 1766 en Baudéan, Hautes Pyrenées, hijo de un cordonero. Huérfano a los 13



Larrey

años, en 1780 comenzó el aprendizaje de la carrera médico-quirúrgica con su tío Alexis, cirujano jefe del hospital Saint Joseph de la Grave de Toulouse.

Asistente de anatomía de Jean-Jacques Frizac, en 1785 obtuvo el primer premio del hospital mencionado y el título de alumno-profesor en dicha disciplina, desarrollando un primer trabajo de investigación sobre la caries ósea. En 1787 caminó a Brest –a pie– para presentarse a las oposiciones de cirujano mayor de la marina francesa, obteniendo puesto en ella. Le fue asignada la fragata La Vigilante, encargada de proteger la campaña de pesca de bacalao en Terranova, y esperando su partida aprovechó para mejorar sus conocimientos junto a Duret.

Vuelto de tierras canadienses, optó por instalarse en París, donde pudo aprovecharse de las enseñanzas de Desault en el Hôtel-Dieu, gracias a una carta de recomendación de su tío. En la ciudad del Sena obtuvo el primer puesto por oposición de ayudante mayor del Hospital de los Inválidos, sin embargo su inclinación hacia los movimientos contestatarios y sus simpatías por quienes estaban preparando la Revolución, hicieron que no le fuese concedida la plaza, viéndose obligado a ganarse la vida con clases particulares de anatomía y obstetricia.

En 1792, instaurada de Primera República, fue llamado para Ayudante mayor del ejército del Rin, asistiendo con él a su primera batalla, Spira, donde, al parecer, se le ocurrió la idea que le ha hecho pasar a la historia: la ambulancia volante.

Según unos la inspiración le llegó en la mencionada Spira (septiembre 1792): “El terrible espectáculo del campo de batalla golpeó vivamente el alma ardorosa del joven Larrey, y su imaginación fue dominada por la deplorable fatalidad que privaba a la patria de tantos miles de hombres, que morían de

sus heridas faltos de las operaciones que necesitaban, al no poderse acudir con prontitud a su curación y a detener sus hemorragias. En la toma de Spira y en la de Mayences, esta verdad se presentó ante él con todo su horror. Fue entonces cuando del genio de la humanidad le inspiró la creación de las ambulancias volantes”³.

Según otros fue en Estrasburgo (abril 1792): “Las ambulancias⁴ estaban a una legua de distancia de los hospitales y acabada la batalla encontraban en sus movimientos miles de obstáculos, de manera que transcurrían 24-36 horas hasta que el herido recibía algún socorro... concibió [entonces] la idea de una ambulancia tan ligera, tan móvil, tan rápida como la artillería volante”⁵.

Schaile, quedándose con lo fundamental, lo encumbra por su invento: “Hasta entonces los soldados heridos no eran sacados del campo de batalla hasta después del combate y no eran curados hasta su llegada a los hospitales establecidos en las cercanías, adonde, en gran número, llegaban ya sin posibilidades de salvarse. Esta ingeniosa innovación... que todos los ejércitos de Europa se apresuraron a copiar, permitió a los cirujanos militares socorrer a los soldados en el mismo momento de ser heridos”⁶.

A partir de 1792 su presencia en los ejércitos franceses de las etapas revolucionaria y napoleónica fue constante: Córcega (1794), Italia (1796-1797), Egipto (1798-1801), Siria (1799), Danubio (1805), Ulm, Austerlitz, Jena (1806), Eylau, Friedland (1807), España, con el 2 de mayo; Rusia... hasta Waterloo –18 de junio de 1815–, donde fue herido y hecho prisionero. De Valladolid -lugar donde se redacta esta monografía-, salió enfermo de tifus, para retornar a París totalmente agotado, el 4 de abril de 1809.

En 1815 regresó nuevamente a la capital gala, privado de empleo y sueldo hasta 1818, fecha en que le fue devuelta la pensión por “28 años de servicio, 25 campañas, 60 batallas, 400 combates y muchos sitios de plazas fuertes”. Tenía 49 años y había sido Cirujano mayor de los navíos del estado, cirujano jefe del ejército, profesor del hospital militar de instrucción de Val-de-Grâce, cirujano jefe del hospital de la guardia de los cónsules, inspector general del servicio de salud y cirujano jefe de la guardia imperial.

Jubilado en 1838, a los 72 años; oficial de la Legión de Honor, miembro de la Académie Royale de Médecine, del Institut de France, de la Societé Philomatique, del Institut d’Egypte, de la Académie des Sciences..., en sus últimos días parece haber tenido algún desarreglo mental –“saltos de humor”–, que aconsejó a sus mentores alejarlo de París, encomendándole misiones en el Sur de Francia, Italia, Países Bajos y Argelia. Regresando de una inspección a los hospitales argelinos, falleció el 25 de Julio de 1842.

Napoleón le recordó en su testamento como “el virtuoso Larrey”: “Lego al cirujano jefe Larrey 100.000 francos. Es el hombre más virtuoso que he conocido”, y su nombre figura en el Arco de Triunfo junto a los de Percy y Desgenettes.

Se le considera un innovador, un “inventor”, por las mencionadas ambulancias volantes, el socorro de urgencia, consistente en curar a los heridos allí donde habían caído; y la enseñanza de la Cirugía Militar allá donde llegaba –por ejemplo en Madrid–. En la biografía de Fresquet mencionada en las notas a pie de página, puede conocerse lo básico sobre la Enfermedad de Larrey, el signo de Larrey, la amputación de Larrey y la operación de Larrey. Cuando Legouest publicó su *Traité de chirurgie d’armée*⁷, a la hora de escribir en el *Avant-propos*

sus fuentes de inspiración, no dudó en mencionar a los dos Larrey, padre e hijo, junto con Percy, Dupuytren, Malgaigne, Bégin y algunos otros⁸ - "A las observaciones y a las relaciones de los A. Paré, de los Percy, Larrey, Desgenettes y Broussais debemos los progresos de la medicina y de la cirugía en la práctica de los campos de batalla"⁹. De Larrey padre, al tratar del *Fonctionnement des ambulances* recoge la siguiente máxima: "Es preciso siempre, siguiendo el precepto dado por Larrey e inspirado por un sentimiento de alta y firme caridad, comenzar por los más peligrosamente heridos, sin hacer caso ni de rangos ni de distinciones"¹⁰. En la historiografía médica gala es frecuente verlo mencionado como el "segundo Paré".

Su bibliografía principal está compuesta por¹¹:

1. *Dissertations sur les amputations des membres à la suite des coups de feu* (1803).
2. *Mémoire sur l'amputation des membres à la suite de coups de feu, étayé de plusieurs observations* (1808)
3. *Mémoires de chirurgie militaire et campagnes* (1812-1817)
4. *Recueil de mémoires de chirurgie* (1821)
5. *Considérations sur la fièvre jaune*. (1821); 2º ed. (1822)
6. *Relation historique et chirurgicale de l'expédition de l'armée d'Orient, en Egypte et en Syrie* (1823)
7. *Mémoire sur une nouvelle manière de réduire ou de traiter les fractures des membres compliquées de plaie* (1825)
8. *Discours prononcé sur la tombe de M. Pelleta le 28 septembre 1829* (1829).
9. *Clinique chirurgicale* (1829-1836)
10. *Mémoire sur le cholera-morbus* (1831)
11. *Notice sur le choléra qui a régné dans les ports de la Méditerranée et dans la Provence* (1835)
12. *Relation médicale des campagnes et voyages de 1815 à 1840, suivie de notices sur les fractures des membres pelviens, sur la constitution physique des arabes, et d'une statistique chirurgicale des officiers généraux blessés dans les combats et pansés sur les champs de bataille* (1841)¹².

EL CÓLICO DE MADRID SEGÚN LARREY.

El acontecimiento le da motivo para iniciar una de las *Memoires* que constituyen el libro, la titulada *De la gangrena traumática o determinada por una causa vulnerable*, en la que repasa lo que se sabía y el sabía de la enfermedad y lo que se aconsejaba hacer en su curación y él hacía, juntando experiencias anteriores de sus campañas en Polonia, Elchingen, Austerlitz, Jena, Toulon y Alejandría, a lo defendido por Boucher en la *Académie*, y a lo aprendido directamente de autopsias efectuadas sobre fetos de vaca en los locales de las carnicerías de la tropa.

Fiel a su costumbre, documenta sus afirmaciones con la observación de un caso real, que en esta ocasión, además, nos informa de la identidad de uno de los soldados franceses heridos en el levantamiento popular y del tipo de herida que recibió. Se llamaba Antonie Barre, 18 años, fusilero del primer regimiento de la Guardia Imperial, alcanzado por el proyectil de un arcabuz de viento -fusil à vent¹³- en un codo, que tuvo que ser amputado de la extremidad y se libró por los pelos de los estragos del *cólico de Madrid*.

¿El cólico de Madrid? Así denomina, tomándolo de autores anteriores, a otra de las complicaciones que desafiaron su segunda estancia peninsular.

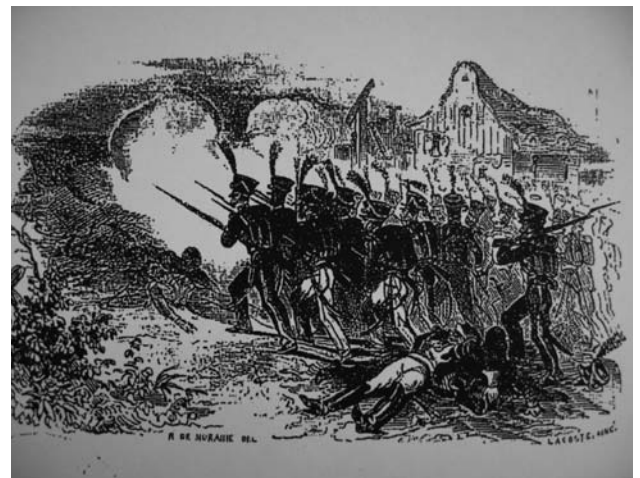
Llegaba prevenido y atento, seguro de encontrarse antes o después con él: "En llegando a España se nos había prevenido

de la existencia en ella de algunas enfermedades particulares, que la mayor parte de los médicos y de los habitantes del país pretendían no tener nada que ver con el clima; tal es, por ejemplo, el cólico de Madrid". Una enfermedad por culpa de la cual 2.250 de los 32.000 hombres de la *Armée* estaban fuera de combate poco antes del levantamiento del 2 de mayo, en abril del 808¹⁴.

Larrey conocía de antemano las opiniones dadas sobre el proceso por el doctor Thiery, francés, incluidas entre los resultados de sus investigaciones sobre el clima madrileño¹⁵, y las muy diferentes expresadas por Ruiz de Luzuriaga, en la Real Academia de Medicina de la propia Madrid¹⁶, y compartidas por la mayor parte de los médicos españoles. Echando mano de unas, de otras y de sus propias experiencias, extrajo conclusiones personales, de las que trató de obtener beneficios que redundasen en la curación de sus compatriotas, enfermos y muertos por la enfermedad en gran número. Incluso Murat temió por su vida. Príncipe escribe¹⁷: "Murat se hallaba gravemente enfermo desde primeros de junio; y su dolencia, atribuida por los franceses a envenenamiento, y por los españoles a castigo de Dios como justo retorno de las atrocidades cometidas el 2 de mayo, se reducía al llamado cólico de Madrid, el cual hizo bastantes estragos en los hospitales del ejército francés durante el verano de 1808".

Aprender aprovechando la oportunidad era su lema y así, junto con el doctor l'Herminier y otros, hizo también la anatomía patológica de varios cadáveres: de "tres soldados de línea y de la Guardia Imperial que, después de varias recaídas del cólico de Madrid, han sucumbido a esta enfermedad" y de un palafrenero de las cuadras reales.

¿Cuál era la causa real de aquel padecimiento? ¿Las aguas, los aires y el lugar, o ciertas sustancias metálicas, como quería Luzuriaga y pensaban los médicos hispanos? Larrey sopesó una por una todas las posibilidades que pudo imaginar¹⁸. ¿El uso de recipientes de cobre o gres barnizado? "La gente del pueblo, que conoce dicho peligro, como los soldados, sabe que antes de emplear dichos recipientes hay que lavarlos con vinagre o hervir algo en ellos y dejarlos largo tiempo llenos de agua saturada de alguna sustancia ácida; es lo que hacen los habitantes de Madrid, pues los que los venden no dejan de recomendar que se tome esta precaución antes de servirse de ellos".



Grabado de imágenes de infantería en la guerra.

Así, la teoría de los recipientes metálicos, la de los metales de Ruiz de Luzuriaga, no le satisfacía en absoluto: "Los generales, los oficiales superiores y otras personas del ejército, que con seguridad no han hecho jamás uso de dichos recipientes, han sido, en proporción, más afectados que los soldados". Iten más: "Los médicos franceses que, como yo, han habitado bastante largo tiempo y en diferentes estaciones las ciudades de Burgos, Miranda y Vitoria, jamás han visto declararse esta especie de cólico en dichas comarcas".

No solamente eso, "me he cerciorado, por el examen que he hecho de las baterías de cocina de muchos habitantes de Madrid de todas clases, que tienen la sabia costumbre de hacer estañar frecuentemente sus vasijas de cobre; luego no debe temerse el verde-gris u óxido de cobre".

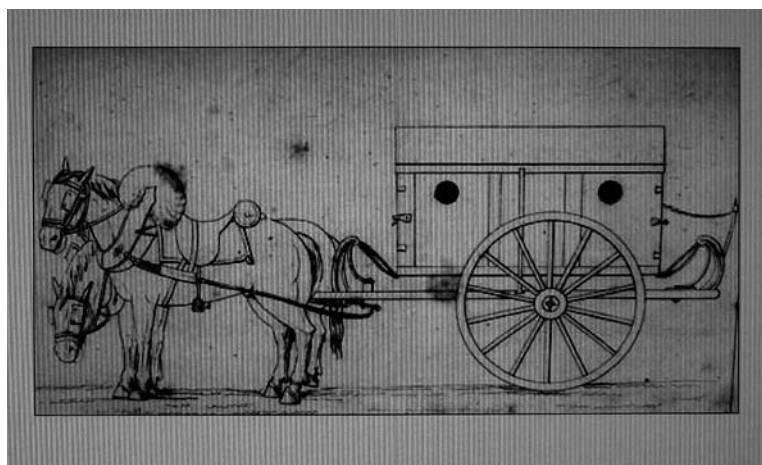
¿Vino adulterado con litargirio –óxido de plomo– como el preparado en Francia por ciertos mercaderes sin escrúpulos, para endulzar engañosamente sus caldos? En España no tenía sentido tal práctica, "porque los vinos, mucho más dulces que los de Francia, se agrían con dificultad"; una opinión fundamentada, además, en el análisis científico: "El que M. Laubert, farmacéutico jefe del ejército, nos ha hecho de varios vinos comprados al azar en diferentes tabernas de Madrid, no ha reflejado sustancias metálicas"; además, que la costumbre española era transportar dicha bebida en odres, y ninguna sustancia mineral malsana podría esperarse que se desprendiese de ellos.

¿El chocolate, que los españoles consumían en tantísima cantidad? Descartado, porque los soldados franceses atacados de cólico no tenían esos gustos y, por tanto, no lo habían tomado.

¿El puro y simple agua de Madrid? ¿Por ser las tuberías que la conducían de plomo o por ser esencialmente mala? La primera posibilidad no resistía la menor sospecha: las conducciones de agua de la capital española eran casi todas de cerámica, muy pocas eran las que podían encontrarse de metal; la segunda tampoco podía admitirse: el agua de la villa era excelente.

¿Entonces qué? Cualquier otra causa menos el envenenamiento metálico sustentado por Luzuriaga¹⁹, inclinándose Larrey, a partir de aquí, por Thiery y su teoría climatológica, presentada ante la Academia Francesa. ¿No reina un cólico semejante al de Madrid, en primavera, en la regiones más meridionales del mundo y particularmente en Surinam?

Según el cirujano militar, los cambios de temperatura, más que ningún otro factor, eran los responsables del cuadro: "Durante nuestros primeros meses de estancia en Madrid, los cólicos han sido más vivos y mucho más frecuentes que a fines de Junio y Julio, porque los soldados, estando acampados en tiendas bajas y claras, no podían abrigarse del calor del día ni del aire frío de la noche, y porque cometían la imprudencia de bañarse en el Manzanares nada más acabar de hacer sus ejercicios". Cólicos que tampoco habían respetado a los soldados acuartelados en edificios de la villa por la misma razón: "porque pasaban las noches en armas, sin capote y sufriendo el aire glacial". El abuso de los vinos locales ayudaba a hacer la afección más peligrosa, ya que, como se verá en un capítulo posterior, eran "muy perniciosos para las personas no aclimatadas".



Grabado de ambulancia

En definitiva, que, según Larrey, nada de metales, sino calores, fríos y grandes diferencias de temperaturas entre el día y la noche, como lo demostraba a las claras el hecho de que los españoles que habían abandonado la capa, para vestirse a la francesa, fueran atacados por la enfermedad de igual manera y con la misma gravedad que sus queridos soldados; una enfermedad, a mayores, preferente primaveral y que afectaba en mayor proporción a los no aclimatados que a los indígenas.

EL CÓLICO DE MADRID Y EL CIRUJANO AMBULANCISTA ANÓNIMO.

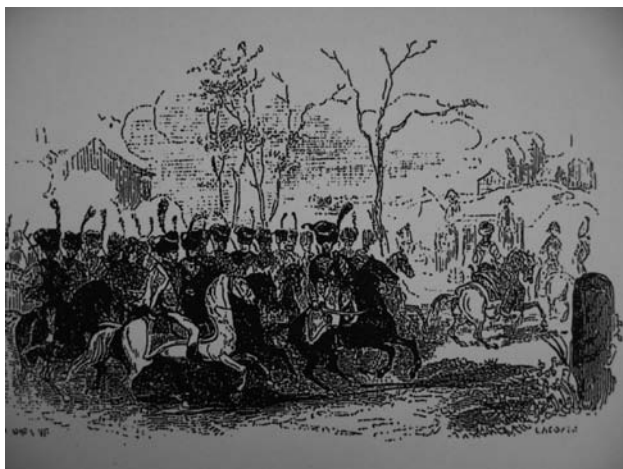
Larrey regresó a Francia presumiendo de haber hallado la causa del famoso cólico y dejado las pautas precisas para su curación, pero el tiempo le quitó la razón. En 1813 el proceso seguía constituyendo un grave problema para las tropas imperiales; prueba de ello es el trabajo presentado a la *Société Médicale d'Emulation* por "un cirujano de las ambulancias de este cuerpo del Ejército" bajo el epígrafe "Del cólico que ha reinado en España, que ha afectado más particularmente al Sexto Cuerpo del ejército durante su permanencia en Galicia"²⁰.

El artículo comienza así: "El cólico de España, de Madrid, mal de Galicia, etc., es lo bastante poco conocido en Francia, podría decir que incluso en España, como para que merezca ser descrito. Voy a exponer aquí lo que he observado en relación con esta enfermedad, porque quizá estos datos sean de alguna utilidad para quienes quieran hacer una historia completa de la misma".

Entre las **Observaciones** presentadas por el cirujano ambulancista anónimo figura una que destaca sobre las demás, por ser la descripción de la enfermedad padecida por él mismo:

"El autor de la memoria es el protagonista de esta segunda observación. De temperamento sanguíneo, de una constitución bastante buena, pero debilitado por un dolor reumático inveterado, y fatigado por un trabajo penoso, experimentó dolores de cólico, con dificultades de hacer del vientre. Dichos dolores fueron en aumento hasta el quinto día, momento en que se vio forzado a guardar cama.

El primer día dolor fijo, continuo en la región epigástrica que me parecía seguir el arco del colon; ninguna deposición y muchas ganas de hacerla (Tratamiento: agua de cebada que conseguí mantener dentro pese a las ganas de vomitar; algu-



Grabado de caballería en acción

nas cucharadas de una poción con base de alcanfor y éter sulfúrico, contra las ganas de vomitar). Aumentaron los dolores.

El segundo insomnio por toda la noche. Dos baños a lo largo del día proporcionaron algún alivio pasajero, Vómitos de materias biliosas en pequeña cantidad, seguidos de episodios de arcadas que aumentaban al beber.

El tercero dolor en el hipocondrio derecho; noche peor que la anterior; ictericia bien pronunciada. Un vesicatorio sobre el hipocondrio doloroso proporcionó algún descanso.

El cuarto el color amarillo de la ictericia fue más marcado, los dolores más fuertes (Tratamiento: seis gotas de láudano a cada hora y dos granos de opio al día). A la primera dosis de láudano, alivio muy marcado. Al fin del día, cese casi total de los dolores.

El quinto, noche buena, varias horas de sueño, vientre doloroso a la palpación, duro, cerrado (Tratamiento: algunos granos de diagreda²¹, dos lavativas son muriato de sosa).

El sexto convalecencia sin accidentes de ningún tipo. La ictericia ha ido desapareciendo poco a poco".

LAS CONCLUSIONES DEL AMBULANCISTA.

Para quien quiera hacer algún día la historia del padecimiento, el cirujano ambulancista concluye así. "Se ha creído encontrar una analogía entre esta enfermedad y el cólico de plomo. Si se me permite aventurar mi opinión sobre el tema, diré que es una alteración del movimiento peristáltico de los intestinos, con **conversión**²² en movimiento anti-peristáltico. Si se presta atención al curso de la enfermedad, a sus síntomas y, sobre todo, a la manera de actuar los medicamentos que la combaten, por así decir, específicamente, se encontrarán probablemente motivos que justifiquen mi opinión".

Pero ni siquiera el ambulancista se volvió a Francia, una vez perdida la guerra de la península, con las ideas claras ¿causa? ¿tratamiento? ¿prevención? ¿quién podía decirlo?: "He observado que algunas personas que no bebían más que vino puro y que hacían uso de las bebidas espirituosas, han estado exentas de este mal. Otras, sintiendo los preludios de la enfermedad, por los dolores que la preceden y el estreñimiento, la han hecho abortar tomando una fuerte dosis de aguardiente; otras con vino caliente mezclado con azúcar. He visto a uno recurrir cinco veces a este último recurso, y que siempre se ha soslayado el proceso.

Terminaré narrando lo que me ha dicho un médico digno de fe, que ejerce en Santiago de Compostela: tres jóvenes de dicha ciudad paseaban por una calle, se encontraron con una lechera que llevaba doce pintas²³ de leche: se desafiaron a que se la bebían [aproximadamente doce litros], cada uno un tercio. Uno consiguió beber su porción. Dos no pudieron continuar, debido a los vómitos, a la cuarta pinta. Los tres se vieron afectados después por el cólico que acabo de describir, uno murió a la segunda recaída de la enfermedad".

Así concluye la **Memoria**, seguida de otra sobre "Incertidumbre acerca de las causas de aborto". Pocos datos seguros, o ninguno, para un misterioso proceso que mantuvo permanentemente a un numeroso contingente de tropas napoleónicas enfermas en los hospitales españoles.

REFERENCIAS

1. Rocca, M. de. Mémoires sur la guerre des français en Espagne. 2^a ed. París: Gide fils; 1814; pags. 10-17; tanto estas como las siguientes traducciones del francés son nuestras.
2. Tengo en prensa un trabajo monográfico sobre ellas en la colección Medicina & Historia de la Fundación Uriach.
3. Biographie nouvelle des contemporains, vol. 2, París. Emile Babent, 1823; pag. 52.
4. Las ambulancias anteriores a las volantes de Larrey, que no comenzaban su labor hasta concluidos los combates.
5. Nouvelle biographie générale, vol. 21, París: Fermin Didot, 1862; pags. 686-696.
6. Les médecins de Paris, París, 1845, pags. 394-397.
7. París: J.B. Baillière et fils, 1863.
8. Ibidem, pag. VII.
9. Ibidem, pag. 989.
10. Ibidem, pag. 987.
11. Libros y monografías.
12. Para la Biografía: Biographie nouvelle des contemporains, vol. 2, París. Émile Babent, 1823; pag. 47-52; Biographie universelle ou Dictionnaire historique des hommes qui se son fait un nom, vol. 5, París: J. Leoroy, Jouby et cie, 1849, pag. 146; Fresquet Febrer, J.L. Dominique Jean Larrey (1766-1842). www.historiadelamedicina.org ; La France littéraire, ou dictionnaire bibliographique des savants... vol. 4, París: Fermin Didot frères, 1830, pags. 579-580; Leclerc, D. et als. Biographie médicale par ordre chronologique, vol. 2, París: Adolphe De la Hays, 1855, pags. 837-844; Mullié, M.C. Biographie des célébrités militaires des armées de terre et de mer de 1789 a 1850, vol. 2, París: Poignavant et cie, s.a.; pags. 181-183; Nouvelle biographie générale, vol. 21, París. Fermin Didot, 1862, 686-696; Schaile, C. Les médecins de Paris jugués par leurs oeuvres. París, 1845, pags. 394-397; Vayre, P., Ferrandis, JJ. "Dominique Larrey (1776-1842), Chirurgien militaire – Baron d'Empire. Des misères des batailles aux ors des palais". e-memoires de l'Académie Nationale deChirurgie. 2004, 3 (1): 37-46.
13. Lo presenta y representa David Rivault de Florence en sus Éléments de l'artillerie. París, 1605.
14. La France littéraire, ou dictionnaire bibliographique des savants... vol. 4, París: Fermin Didot frères, 1830; pag. 579.
15. Observations de physique et de medecine faites en différents lieux de l'Espagne; on y a joint des Considérations sur la lèpre, la petite vérole et la maladie vénérienne. 2 vols. París: Garney; 1791.

16. *Disertación médica sobre el cólico de Madrid inserta en las Memorias de la Real Academia Médica de Madrid; y publicada separadamente de orden de la misma en beneficio común: por el Doctor Don Ignacio María Ruiz de Luzuriaga... Madrid: Imprenta Real; 1796; entre los trabajos modernos, José Manuel Pradillo Moreno, "Cólico de Madrid", Anales del Instituto de Estudios Históricos del Sur de Madrid "Jiménez de Gregorio", 6 (2006) 111-162.*
17. *La Guerra de la Independencia, pags. 223-224.*
18. *pags. 170 a 232 de las Memorias, III.*
19. *De las causas ocasionales del cólico de Madrid, pag. 35 de su Disertación.*
20. *"De la colique qui règne en Espagne, qui a affecté plus particulièrement le sixième corps d'armée pendant son séjour en Galice", Journal de Médecine, Chirurgie, Pharmacie, tomo XXVII (1813) 12-21.*
21. *Un cocimiento de escamonea, según Merat, F-J., en Dictionnaire universel de matière médicale et de thérapeutique générale, tomo 2, Bruselas: S.B.L.; 1837, pag. 126.*
22. *Subrayado en el original.*
23. *Según el Dictionnaire de la conversation et de la lecture, 2ª ed, tomo 14; París, 1857; pag. 579, la pinta de París equivalía a 93 centilitros, es decir a casi un litro.*